

los flancos de descomunales rocas, en el corazón de gigantes montañas.— Para vencer de esta manera la tenaz resistencia del áspero Apenino, diríase que el hombre ha dispuesto del terremoto.—Atlas y Hércules no hubieran bastado á tamaña empresa.

Después de haber admirado los Alpes, encuéntranse pequeños los panoramas del Apenino. Sin embargo, son sumamente pintorescos, aunque por un estilo diferente. Los Alpes, con ser más abruptos y poderosos y estar cubiertos de un eterno sudario de nieves, ostentan no sé qué aire risueño, inocente, feliz; no sé qué paz y alegría; no sé qué luz gozosa que aleja todo terror del hombre que vaga por sus más ocultas soledades. Los Apeninos, hijos de los Alpes, son tristes y severos, oscuros y misteriosos. En ellos, más que la solemne melancolía y augusta soledad de las grandes eminencias, se advierten los tormentos de un corazón atormentado por hondas convulsiones. Los Alpes nos muestran su frente encanecida que se levanta al cielo, libre ya de todo recuerdo de la tierra. Los Apeninos nos dejan ver sus desgarradas entrañas, palpitantes de miedo y de dolor. Aquellos son como un anciano feliz: estos, como un joven sin ventura ni esperanza. Los Alpes representan un edificio levantado por todo el poder de la naturaleza. Los Apeninos, las ruinas de una comarca, los resultados de un cataclismo espantoso, la obra de la destrucción.

Volviendo al camino de hierro, enumeraré rápidamente los trabajos que más llaman la atención en él.

El primer túnel que se encuentra es el de *Pietra Bissara*, de 682 metros. Luego se pasa una garganta estrechísima entre dos montañas casi verticales. Para cruzar aquel barranco, ha sido menester levantar una altísima calzada de 300 metros de longitud, sobre el lecho mismo de un torrente, y hacer luego un puente de cincuenta metros de luz, á fin de saltar de una montaña á otra.—En seguida se repiten los viaductos y llegan tres túneles sucesivos, uno de 838 metros, otro de 440, el tercero de 708, enlazados por temerarios puentes, que conducen á la famosa *Galería dei Givi*. Esta galería ó túnel, tiene cerca de una legua de largo y se halla construida á 1,200 pies sobre el nivel del mar.— Cuando se sale de ella, empieza á bajar el terreno; pero tan rápidamente, que no se conoce ferro-carril de una inclinación semejante.—Y es que en aquel punto se encuentra ya el tren á muy poca distancia de Génova; pero á una grande altura sobre la ciudad.

Así es que al salir de un último túnel de 714 metros, se abre el horizonte, y se halla uno con Génova y el mar debajo del camino; pero tan próximos y tan distantes al mismo tiempo, que no se comprende como podrá el convoy llegar á la ciudad, si no se hunde por escotillon.

Y lo que sucede es que el ferro-carril traza entonces una amplia curva en torno de los montículos en que se asienta Génova, pasando por encima de los tejados del barrio *delle Grazie*, hasta que al fin logra encontrar acceso en la ciudad de los Doria por su extremo occidental.

II.

Vista de Génova.—Recuerdos históricos.—Cristóbal Colon.—Paseos por la ciudad.—Los garibaldinos.—Una *manifestación pacífica*.—Me embarco para la Toscana.

La gran vista de Génova, dicen, es la que se goza cuando se llega por mar á su magnífico puerto.—Ya tendremos nosotros ocasión de contemplarla de este modo, cuando regresemos del viaje que vamos á emprender al Mediodía.—En cuanto al panorama que ofrece la ciudad á los que llegan por tierra, es también sumamente bello, á lo menos para mi gusto.

Desde que se empieza á salir de las cordilleras del Apenino; esto es, poco más de dos leguas antes de entrar en Génova, principian á aparecer por todas partes, así en las cumbres de la colina, como en las verdes soledades de los barrancos, hermosísimas casas de recreo, pintadas de los más vivos colores, palacios campestres, graciosas quintas, aldeas enteras compuestas de jardines y soberbios edificios...

Todas estas viviendas, diseminadas en las suaves estrivaciones de los montes, sirven de refugio á la aristocracia genovesa en la estación del calor.—La mayor parte de aquellas *villas* tienen pintadas al fresco sus cuatro fachadas, con figuras, y hasta composiciones, que producen el más singular efecto en medio de los pomposos árboles, de las rocas y de las aguas despeñadas.—Es la primera vez que he visto la pintura asociada á la agreste naturaleza.

Para llegar á la estación, término del viaje, se pasa por túneles abiertos debajo de algunos palacios y por encima de los techos de humildes casas. Desde aquellas alturas se ve la capital de la antigua Liguria, escalonada en anfiteatro entre el mar y el Apenino; apretada por las murallas y las olas; semejante á las ruinas de un inmensurable circo de mármol. La *arena* de este circo es el puerto, casi cerrado, dentro del cual se ven millares de buques de todas las naciones del mundo. Detrás de los dos *espigones* del muelle se perciben las estendidas aguas del golfo.

Una vivísima luz, un esplendente cielo una infinidad de jardines entremezclados con las casas, y un aire tibio y aromoso, en que apenas se perciben las salobres emanaciones del mar, revelan al viajero que se halla en una de esas ciudades del Mediodía de Europa, que reflejan algo del opuesto litoral africano; en una Málaga, en una Marsella ó en un Nápoles; en un pueblo levantisco, en fin, animado por el comercio, enriquecido por las olas, amigo, si no dueño, de otras muchas poblaciones marítimas situadas en apartados mares, como lo fueron Pisa, Venecia y Cádiz y antiguos puertos fenicios y los cartagineses.

Y al mismo tiempo que la fisonomía material de Génova, veis, con los ojos de la imaginación, su fisonomía histórica.

La ciudad en que entráis es Génova *la Soberbia*, emporio del comercio

europeo durante muchos siglos,—la que compartía el dominio de los mares con Venecia y Pisa, y las combatió y las venció;—la que llevó á los cruzados á Oriente;—la que ganó tierras y estableció colonias en el Archipiélago griego, en Crimea, en las puertas mismas de Constantinopla;—la ciudad de las revueltas y las conmociones populares, inquieta siempre por su libertad; que cambió cien veces de forma de gobierno, ensangrentando un día y otro sus plazas y sus calles, y sufrió el yugo extranjero con la misma facilidad que lo rompió entre sus manos, segun le pareció mejor á sus inconstantes hijos...—Génova, la de aquellos *Dux* (no menos gloriosos que los de Venecia) que se llaman *Simon Bocanegra*, *Adorno*, *Fregoso*, *Montalto*; la de los *Doria*, *Fieschi*, *Grimaldi* y *Spinola*, patricios ilustres, famosísimos guerreros por mar y tierra, entre los que se cuenta el insigne *Andres Doria*, acaso la primera figura de su siglo, y eso que vivió en el siglo de los grandes capitanes...—Génova, en fin, la patria de Cristóbal Colon... ¡título el mas grande que tiene á la veneracion y al amor de los españoles que la visitan!

¡Cristóbal Colon!—La primera cosa que vimos al entrar en la ciudad (en una pequeña plaza que se encuentra al salir de la estacion del ferro-carril) es un monumento,—empezado hace muchos años y que ahora se trata de concluir,—en honor del infortunado y sublime descubridor del Nuevo-Mundo.

Al votar la ciudad de Génova este público testimonio de admiracion al mas ilustre de sus hijos, ha dado una prueba de alta justicia y noble abnegacion.—El descubrimiento de América acabó por ser tan perjudicial á los genoveses como antes lo habia sido á los venecianos, segun hemos dicho en otra parte. El señaló la hora de la decadencia á las dos repúblicas comerciales de Italia; él arruinó el tráfico de Oriente; él empobreció á los navegantes que iban á Constantinopla y á Alejandria á esperar las caravanas cargadas de las riquezas de la India. La aparicion del continente americano, verificada bajo los auspicios de la nacion española y coincidiendo con el descubrimiento del Cabo de Buena-Esperanza, despobló de naves el Mediterráneo, y dió una suma importancia á Cádiz.—¡*Plus ultra!* exclamaron todos los pueblos de Europa, lanzándose al Occidente...

Y sin embargo, Génova tributa homenajes y alabanzas y erige monumentos á su inmortal hijo.—Entre tanto, España, que debió un mundo al peregrino de la Rápita; que le debió la mayor gloria que ilustra los anales de pueblo alguno; que le debió tantas riquezas y tanto poderío, no ha levantado todavía una estatua, una sencilla piedra, un testimonio material, cualquiera que sea, de su gratitud y su admiracion á aquel grande hombre!... ¡Verdad es que ya le pagó en vida tantos beneficios, cargándole de cadenas y encerrándole en una prision! —¿Qué mayor recompensa que el martirio para el bienhechor de la humanidad? ¿No habia echado él sobre sus hombros la Cruz de Cristo y la habia llevado de un continente á otro? ¿No lo proclamaba asi al escribir su sagrado nombre:—*Xpo. ferens?* ¿No mendigó el pan del sustento antes de redimir un mundo? ¿No fue tenido por loco? ¿No le escarnecieron los escribas y fariseos de la ciencia? ¿No le negaron sus compañeros la víspera de su gloria? ¿No le crucificó la ingratitud?

—¡Pues á fe que no le hemos desconocido! ¡En verdad que le hemos tratado como á quien era!—Dios lo queria para sí, y nosotros lo purificamos en el purgatorio de nuestra injusticia. ¿Qué importa que no le levantemos estatuas en la tierra, si le hemos dado un trono en el cielo?

¡Oh hidalga Española! ¿Cuándo será que tu noble orgullo se traduzca en obras? ¿Cuándo recobrarás el concepto de tí misma?

Génova me recuerda mucho á Venecia, á la Venecia terrestre. Las mismas callejuelas oscuras, moriscas, formadas por altísimos palacios; la misma suntuosa arquitectura, aunque de diferente estilo; los mismos puentes, las mismas escaleras para ir de una calle á otra; igual acumulacion y superposicion de edificios; idéntica abundancia de mármoles.—Ya os he dicho que la ciudad está construida en anfiteatro; y de tal manera es esto cierto, que hay en ella calles que se cruzan en el aire; otras que suben desde la orilla del mar á una inmensa altura; palacios escondidos entre miserables viviendas; salones edificadas allá en las nubes, en los que se ven relucir por la noche lujosos dorados, al fulgor de mil bugías, mientras que resuena en ellos el compás de la música y del baile, y se ven cruzar voluptuosas figuras al través de las artísticas ventanas...—Durante el día, la animacion de la ciudad es extraordinaria.—Ya supondreis que en esto no sigue pareciéndose á Venecia.—Los genoveses son alegres, decidores, entusiastas. Las mujeres se parecen á todas las hijas del Mediterráneo: gracioso andar, talles esbeltos, morenos rostros muy descoloridos, noble perfil, hechiceras miradas... hé aquí sus principales caractéres, propios de Venecia como de Málaga, de Marsella como de Valencia. Casi todas llevan una toca ó mantilla blanca, llamada *mezzaro*. El *mezzaro* de las de poca fortuna es de percal vistosamente floreado de vivísimos colores.

La poblacion de Génova (140,000 almas) cabe apenas en el reducido perímetro de la ciudad. En los hombres del pueblo se advierte una discolorada soberbia, impropia de los italianos. Hoy, sin duda por ser día de la Concepcion; habia una infinidad de gente ebria en todas las calles y plazas. Esta gente cantaba, bailaba, jugaba y se divertía de mil modos, sin incomodar á nadie; pero como si supiera tambien que nadie se atreveria á incomodarla.

Dentro de Génova, como en sus afueras, casi todas las casas están pintadas de fuertes y contrastados colores; las unas de rojo, las otras de verde; estas de azul, aquellas de amarillo. Las portadas que mas abundan son las platerescas y las salomónicas. En muchas fachadas se ven además estensos frescos, colosales estatuas de los antiguos señores que allí moraron, ó abultadas cariátides que exhiben su desnudez á los transeuntes. Tambien hay muchos jardines; y, como en Granada, se ven árboles y flores encima de balcones y azoteas y hasta en los tejados. Esto último depende de una ilusion óptica, y consiste en la disposicion de la ciudad, escalonada sobre los erguidos montes.

La proximidad de Carrara se revela en la profusion con que se ha empleado en Génova el mas rico mármol blanco.—Encima del muelle hay una gran mu-

ralla coronada por una azotea de doce metros de anchura, de la que pudiera decirse que lo que allí se ha construido es una cantera de precioso mármol. Yo dudo que exista en el mundo una muralla tan lujosa y bella. Su plataforma sirve de paseo público. Desde aquel estenso balcón se domina todo el puerto, y se tienen casi al alcance de la mano los millares de buques surtos en él.

Génova ha recobrado su antigua importancia desde que se unió al Piemonte en 1814. El camino de hierro la ha hecho el puerto de Turin.

Otro de los puntos notables de la ciudad es la *Strada Nuova*, formada por dos hileras de magníficos palacios, debidos casi todos al célebre arquitecto *Galeazzo Alessi*, el restaurador de Génova.—La *Strada Nuova* es en Génova lo que el *Canal Grande* en Venecia.

En medio de aquella suntuosa calle se encuentra el *Municipio*, antiguo *Palacio Doria*, uno de los muchos que esta ilustre familia levantó en su ciudad natal.—En el portal del *Municipio* hay varios *frescos*, que antes adornaban el palacio Grimaldi. Entre ellos ha llamado vivamente mi atención uno que representa la llegada de don Juan de Austria á Génova... (creo que despues de la batalla de Lepanto,) y la obsequiosa recepcion que le hacen el dux Grimaldi y el Consejo de la república.

Arriba, en el salon de sesiones del que nosotros llamaríamos *Ayuntamiento*, he visto, con la emoción que podreis imaginaros, un busto de Cristóbal Colon, levantado en frente de la presidencia. En el basamento que sostiene el busto hay una puertecilla de plata sobredorada, que se abre con tres llaves. Allí se conservan tres cartas en español, escritas por el descubridor de América, y el original de los privilegios dados al mismo por los Reyes Católicos. En él he visto las firmas de Isabel y Fernando y el escudo de armas de Colon, tal vez el primero que se dibujó para la ilustre familia que principiaba en él. En uno de los cuarteles hay un grotesco y numeroso archipiélago y luego una costa de tierra firme... —¡Sí, sí! ¡Eso fue, ingratos y celosos reyes! ¡Tales eran sus conquistas!... ¡Todo un mundo!—¡Y ese mundo no llevó su nombre; y esos privilegios que le disteis, se los quitásteis despues: y esas mismas firmas con que le agasajábais tanto, autorizaron al fin la orden de su encarcelamiento!

Despues del *Municipio*, he visitado el *Palacio Ducal* ó *de la ciudad*, asiento hoy de la policía, construido en 1262 por el abuelo de Simon Bocanegra y reedificado en 1778.—Allí moraron todos los *dux* de la antigua república genovesa.

Luego he ido (atravesando toda la poblacion) al célebre *Palacio de Andres Doria*, en cuya puerta se lee una inscripcion que dice que este hombre ilustre, despues de haber sido almirante del Papa, de Carlos V, de Francisco I y de su patria, edificó aquel asilo en 1529, con el propósito de descansar en los dias de su vejez.

El palacio, que ha debido de ser hermosísimo, se halla abandonado y ruinoso; pero no así los magníficos jardines que lo cercan, desde los cuales se domina todo el puerto.

En ellos me han enseñado (¡singular monumento!) el sitio que ocupó durante muchos años el mausoleo de cierto perro llamado *Rædan*, que Carlos V le regaló á Andres Doria...



El general Cialdini.

«Aquí yace mi mejor amigo;»—escribió lord Byron en la tumba de otro perro...

Tales son hasta ahora mis impresiones en Génova. La noche no me ha dejado ver